

Detrás de la piedra *Mariela* (24 años)

¹ Una versión anterior de este capítulo fue presentada en CPSEA, en junio de 2013, en el ciclo de reuniones científicas de los días jueves.

Dirección electrónica: lucianasoutric@yahoo.com.ar

I. La vergüenza

Inicialmente me sorprendió que al llegar al consultorio, Mariela —así vamos a llamarla— parecía desabrigada, como si el frío intenso de aquel invierno no le atravesara la piel, no la tocara, casi como si no necesitara un buen abrigo para hacerle frente al invierno o una de esas tazas de té que vienen tan bien cuando necesitamos sentirnos reconfortados.

La recibí con la expectativa y las ganas con que recibo siempre a un nuevo paciente, y en nuestros primeros encuentros, muy de a poco, ella me fue contando su vida.

Mariela era una joven atractiva, tenía 24 años, vivía sola desde que había terminado sus estudios secundarios. Tenía muy pocas relaciones de amistad y muy poco contacto con el afuera.

Motivaba su consulta que se sentía desconcertada y furiosa debido a una reciente y fuerte pelea con una prima. Ambas tenían una relación muy estrecha y, de un momento al otro, dejaron de verse. No sabía qué había pasado. Se sentía muy mal, y no quería aturdir a nadie con sus sensaciones, ya lo había hecho antes. Decía que hacía tiempo que se sentía mal y que durante casi dos años no había querido salir de su casa.

Cuando intenté indagar cómo había sido ese “antes” en su vida, qué le había pasado, por qué se había sentido así, comencé a tener la impresión de que no le gustaba mucho que le preguntara, como si prefiriera ir contando ella a su ritmo.

Yo la escuchaba con atención y preguntaba con interés, pero al final de las entrevistas me quedaba un dejo de insatisfacción que no llegaba a explicarme del todo.

En los sucesivos encuentros me fui dando cuenta de que Mariela tenía un particular modo de contar su historia y de

hablar de su vida. Daba rodeos o le quitaba importancia afectiva a hechos muy significativos; pero al mismo tiempo percibía que todo le dolía y la ofendía mucho.

Se presentaba un poco dura y exigente consigo misma y con el mundo. Me impactaban sus propias descripciones:

– Soy rara, a veces me gusta pero, a veces, tiene su peso... soy muy sensible, me mata la ansiedad, le miento a mi mejor amiga... me siento casi virgen... soy muy reprimida... a veces desequilibrada... vivo la vida sin sentido...

– Siento que no sé quién soy... siento que mi peor enemigo son mis propios pensamientos, que tengo un extraño viviendo adentro mío, que no tengo experiencia en nada, que perdí experiencia en lugar de acumularla...

Puesto que al pasar me dijo que no sabía si era virgen, intenté preguntarle sobre sus dudas al respecto. Sus respuestas fueron evasivas; me contó que había estado hacía mucho tiempo con un chico pero que no estaba segura de que haya habido penetración. Tiempo atrás había ido a la ginecóloga, quien le confirmó que no era virgen. Sin embargo, su duda persistía.... estaba llena de dudas... ¿o no?

Cada vez me fui convenciendo más de que Mariela era muy sensible y al mismo tiempo –o justamente por eso– no quería sentir. Y que en el intento de no sufrir le quitaba relevancia a las cosas, o trataba de esconder algo o de esconderse, y evitaba encontrarse con gente para que nadie le preguntase nada de su vida. *Y nada era, literalmente, nada.*

Estaba empleada como cadete en una empresa desde hacía varios años, pero me decía que odiaba su trabajo. Sentía que era mediocre, que ese puesto le impedía hacer lo que ella quería, le daba vergüenza decir dónde trabajaba. En su presen-

te, el trabajo era la causa de su perturbación y en él descargaba todas sus frustraciones.

Estudió cosmetología, pero nunca pudo animarse a trabajar en su profesión por su falta de experiencia laboral. Se inhibía frente a la posibilidad de buscar un empleo, casi se había olvidado por qué había elegido estudiar esa carrera. Le angustiaba profundamente el solo hecho de armar su *curriculum vitae*; no sabía ni qué poner ni cómo mostrarse. Por otra parte, había abandonado varios proyectos de formación por no sentirse suficientemente preparada.

Eso me llamó mucho la atención. Frente a algo que le interesaba o entusiasmaba, Mariela lo quería hacer, pero al mismo tiempo lo desechaba de inmediato sintiendo que ya era tarde para aprender... Le costaba arrancar. Le gustaba pintar, pensaba anotarse en un curso de pintura, pero "es tarde, debería haberlo hecho antes, estoy atrasada...". La sensación era siempre la misma: llegaba tarde a todo en su vida, ya debería estar en otro nivel. Sus logros no la enorgullecían, eran motivo de vergüenza para ella porque siempre eran menores a lo que hubiera querido.

Tuve la impresión de que sin darse cuenta, Mariela se fue convirtiendo en una especie de piedra, una estatua viviente, sufrida, altiva, inexpresiva, detenida en el tiempo, sin un vínculo real y profundo con la gente y el mundo. Eso la fue dejando cada vez más insatisfecha, más sola y, al mismo tiempo, más desesperada por conseguir una satisfacción que su misma actitud de cuidarse tanto para que no la descubrieran en sus debilidades le impedía lograr.

Contemos un ejemplo de su forma de relacionarse. Un día, imaginándome su angustia de los fines de semana, le pregunté:

–Los fines de semana, ¿qué hacés?

–Nada... la paso bien... ¿por qué? ¿Hay que hacer algo? Yo estoy bien sola, si quiero salgo y si quiero me quedo en casa...

Como vemos, reaccionó con altivez, para no dejarse ver en su sufrimiento. Pareciera que se escondía por su enorme temor a pasar vergüenza frente a los demás, pero no podía escapar a la profunda vergüenza que sentía frente a sí misma.

Así pasaba sus días solitarios ocupada en la penosa tarea de mantener a raya la angustia desbordante y las autocríticas violentas que por momentos la amenazaban con volverla loca, junto con el tormento de no saber quién era, sin animarse a preguntarse verdaderamente qué quería.

Por suerte, a veces podía aflojarse. Un día, finalmente, me dijo:

–Los fines de semana la paso mal... es lo peor... no tengo ganas de salir... Por lo menos en la semana estoy ocupada con ese trabajo horrible, pero hago algo... una vida normal... Los fines de semana es tiempo muerto... no sé qué hacer... Si voy a caminar y veo en los teatros obras para ver, me odio por no haberlas visto antes, me odio por no poder entrar y sacar una entrada... ¿para qué?... ¿qué sentido tiene?

2. La prehistoria de la vergüenza

Los padres de Mariela no tenían amigos, no tenían vida social, siempre estaban trabajando o en la casa, solo se veían cada tanto con algún familiar cercano.

Su padre tenía un pequeño tambo en una chacra que había heredado, que le permitía sobrevivir con lo justo. Mariela sentía que no lo conocía, que sabía poco de él, que la comuni-

cación era mínima entre ellos; solo escuchaba de su padre, de tanto en tanto, algunos murmullos poco inteligibles, como si conversara entre dientes consigo mismo cuando estaba sentado o caminando por la casa. Eso era algo que a Mariela siempre le llamó la atención y que no comprendía.

Su madre trabajaba como decoradora de tortas y lo hacía muy bien, pero quedaba “con los pelos de punta”. Se sentía muy exigida a hacer el trabajo perfecto y eso le generaba mucha ansiedad. Al pensar en su mamá, Mariela se ponía siempre muy triste.

—A mi mamá siempre la vi con un poco de lástima, porque es una especie de esclava del trabajo, y por cómo la trataba la familia de mi papá... No le gustaba la gente, ni salir. Yo a veces la abrazo... me imagino que ella lo necesita... pero ¿de qué vale ser auténtica? Somos como máquinas, como robots; las empresas te explotan, te deshumanizan.

No era común que Mariela hablara con esa franqueza, mostrando algo más de ella que parecía que se le había escapado... Yo registraba esos momentos con especial atención, porque me daban esperanza de poder avanzar un poco más. Además, la capacidad de ver la carencia del otro es un buen paso para aceptar la propia. Pero en el caso de Mariela, volvían muy rápido la desconfianza y la necesidad de ponerse la capa protectora.

¿Por qué habrá metido las máquinas, los robots y las empresas al hablar del trabajo más bien artesanal de su mamá? No era muy lógico. Pero justamente esa falta de coherencia en el discurso nos obliga a buscar en lo inconsciente. ¿De dónde provenía esa vivencia de explotación y deshumanización que la hacía sufrir?

Antes de formular una posible hipótesis, relataré algo más. Mariela contaba que dos tías paternas siempre estuvieron muy cerca de la familia. Solteras, profesionales y con alguna propiedad rural, tenían un nivel socioeconómico un poco mayor que el de los padres de Mariela; eran las ricas de la familia. Ellas pagaban la escuela cara a la que Mariela y sus hermanos habían concurrido. Eran las dueñas del departamento al que Mariela vino a vivir cuando se mudó de su pueblo para estudiar.

Mariela no advertía muy bien lo que eso traía aparejado y por eso tampoco lo podía cuestionar, pero era evidente que las tías se creían por encima de los demás. Pensaban que un título y algunas propiedades las hacían superiores a su hermano y mucho más a su cuñada, de origen humilde, venida del campo. Para ellas, la madre de Mariela era una especie de mancha que avergonzaba y que había que ocultar. Y, sobre todo, esa superioridad les daba derecho a opinar siempre sobre cómo se debían hacer las cosas.

Para colmo, todas las tardes de su vida, el padre de Mariela visitaba a sus hermanas para tomar mate, mientras su esposa, entre la vergüenza y el enojo, se quedaba trabajando en silencio y masticando la exclusión.

Con todo esto que relato, imaginé que Mariela, de pequeña, debía de haber sido muy solitaria, muy tímida, y vivido bastante aislada. Y ella lo confirmó. Me dijo que así fue desde siempre. Podía figurarme el clima de su infancia: sus días silenciosos y solitarios, sus padres trabajando sin descanso, sin mirarse, sin vacaciones, sin música, sin palabras, sin conversaciones, sin esos desórdenes que forman parte del clima de un hogar y una familia.

El mundo de su casa no era muy lindo, pero el de afuera era peor. Para ella, salir, ir a la escuela, era un suplicio. Lo pasa-

ba mal, se sentía muy exigida. Cada vez que llevaba tarea a su casa se demoraba mucho en entregarla a la maestra ya que quería que todo quedara perfecto... Seguramente la escuela, como punto de contacto con el exterior que la obligaba a tener que mostrarse frente a los demás, a que la vieran, era un lugar de sufrimiento, donde se sentía expuesta a los juicios ajenos, que ella imaginaba tanto o más severos que los propios.

Creo que Mariela sentía que ella, sus hermanos y sus padres recibían desde el afuera, empezando por las tías, una mirada de tanta exigencia, que hicieran lo que hicieran no iba a ser suficiente para llegar a ser aceptados. Tal vez por eso ella sentía que no valía hacer esfuerzos, las miradas seguirían siendo explotadoras y deshumanizantes.

3. Mariela y yo

Como dije, desde el comienzo sentí que era una paciente difícil... que no me daba mucho lugar para entrar, que no confiaba en mí de manera profunda... Cuando yo lograba reflexionar a fondo, me tranquilizaba pensar que no era algo que le pasaba conmigo, sino con todos y, más aún, que ese era el drama de su vida.

La pregunta que me planteaba entonces era: ¿cómo ayudar a una persona que necesitaba mi ayuda y venía a buscarla, pero sostenía férreamente su autoimagen altiva, se escondía de mí y de ella misma, tapaba todo y devolvía con enojo y arrogancia mis intentos de acercamiento?

Lo que yo iba logrando con ella era poco, pero, al mismo tiempo, me tranquilizaba la convicción de que ella no había hablado en profundidad con nadie hasta que pudo hacerlo

conmigo. Además, si continuaba en tratamiento a lo largo de esos cuatro años, debía de ser porque me consideraba una interlocutora válida.

Un día me dijo:

–No te quiero contar, pero quiero que sepas...

–Te da mucho miedo aflojarte... que me entere de lo que sentís... como si pensaras que si te mostrás, te van a criticar...

Trabajar sobre verse tal cual era sin que eso significara un menosprecio a su ser era realmente complicado... Pero lo interesante era que cuando ella dijo “No te quiero contar, pero quiero que sepas...” reveló, en cierta manera, la estrategia con la que afrontaba su terapia: *procuraba llevarse algo de la terapia mostrando sus carencias lo menos posible.*

Una vez más, pensé que esto no le pasaba solo conmigo. Para ella era ya una forma de ser, un mecanismo que la invadía por entero. Y, para colmo, como siempre pasa, no era consciente de las limitaciones que esa forma de ser le originaba. Es difícil que el médico acierte con el tratamiento adecuado si el paciente se resiste tanto a mostrar sus heridas. Mariela, que necesitaba muchísimo las curaciones, procuraba deducir cuál podría ser el remedio correcto para aplicárselo ella sola sobre sus lastimaduras vergonzantes.

Por mi parte, con Mariela hubiera querido desarrollar un proyecto terapéutico más amplio: potenciar su desarrollo creativo, su capacidad de hacer y amar, etc. Pero, antes de eso, había mucho por hacer en una primera etapa. Que se animase a mirarse con sus propios ojos y no con los de sus tías, que se aceptase más, que se quisiera más, que se mirase a sí misma con la ternura con la que era capaz de mirar a su mamá.

Algo de eso fue logrando.

—Qué difícil es hablar de mis cosas, de mi forma de ser miedosa... yo necesito mucho tiempo para tomar confianza y ser yo... Hay una cantidad interminable de cosas que me avergüenzan... prefiero estar muerta... Vivo todo el día asustada y mortificada...

Y así, de a pequeños pasos, Mariela iba animándose a abrirse un poco al mundo de afuera y de adentro... cobrando más confianza en el tratamiento. Pudo cambiar de trabajo, concretar viajes de vacaciones, arreglar su casa. Yo sentía que me dejaba entrar un poco más en sus zonas secretas.

4. Mariela y Juan

Y un día apareció el amor. El encuentro con un chico que se fue convirtiendo en novio... un momento especial, delicado, y, al mismo tiempo, sumamente frágil... Con el tiempo la relación fue prosperando y devino convivencia. Y su vida se empezó a llenar de nuevas sensaciones, del descubrimiento de ser novia, de vivir junto a otro ser.

Pero, mientras la relación crecía, también fueron creciendo los miedos... Darse a conocer más profundamente le daba pánico, la aturdía, tenía terror de que su novio se enterara de lo vacía que se sentía. Se atormentaba y lo atormentaba mucho, trataba de ocultarse de él. Esta situación era realmente dramática. Lo que sucedía en sus sesiones de análisis conmigo aparecía representado con más fuerza en la vida afectiva con su novio. El clima era de intrigas y secretos. Vivía una vida de espejos, mostrándose en parte pero sin sentirse genuina, auténtica.

—Con mi novio es con quien más debería hablar y no puedo, es desesperante no poder hablar... nos peleamos mucho y muy

seguido. Me da bronca que él tenga tantos amigos, que le guste lo que hace, que tenga ambiciones, me enoja. Él es el objeto que me hace sufrir, ¿voy a estar toda la vida así, sufriendo? Él no se entera, ni loca le cuento lo que me pasa... ni loca le pregunto... ¿Seré psicótica? Vivo asustada desde siempre...

En otra ocasión:

–Tengo una angustia en el pecho... desconfío de mi novio... Siempre pienso que me voy a quedar así, sola... sin poder confiar en nadie... Mi novio no sabe lo que me pasa en el fondo... ¿qué le voy a decir? ¿Que estoy angustiada por mi trabajo? ¿O que no sé lo que quiero? No puedo, nunca lo va a saber...

–Te da mucho miedo que alguien te conozca, que yo te conozca, y vos conocerte más al mismo tiempo... sufrís un montón escondiéndote...

Cuando podía mostrarse, se aliviaba:

– Le pude decir a mi novio que aún no había encontrado mi vocación, no sé si es que no la tengo o la tengo que descubrir. Le pregunté si me quería igual, y él me dijo que no me quería, que me amaba... No puedo torturarme por no conseguir un trabajo que me guste, no disfrutar de las vacaciones, solo pensando en eso... Si espero a que todo sea perfecto, no hago nada... no arranco...

En eso andábamos trabajando, cuando un día decidió irse, dejar el tratamiento, poner distancia...

5. Piedra libre

Lamenté mucho su partida. Sentí que se iba antes de tiempo. No pude, no quise retenerla. A fin de cuentas, o ante todo, era libre...

En un primer momento, creí que Mariela se había ido porque había perdido la esperanza, como si se hubiera imaginado que tal vez yo ya no podía seguir ayudándola más. Como conté, yo era consciente de que ella no buscaba el espacio terapéutico como un lugar de reflexión acerca de sí misma; venía más bien procurando llevarse algo a cambio de mostrar sus carencias lo menos posible.

También imaginé que se había ido porque se le estaba haciendo difícil progresar en la relación de confianza con Juan; porque tal vez sentía que no podía o no quería cambiar más a fondo su forma de ser, su forma de vivir ocultándose. Y el tratamiento la estaba enfrentando con la necesidad de cambiar.

A la distancia, y luego de una larga resignificación de esta historia, pude repensar con nuevos puntos de vista el proceso de Mariela.² Reconsideré, por ejemplo, el rol que cumplieron las tías. Por un lado, la ayudaron materialmente y le ofrecieron un modelo de crecimiento profesional y económico. Sin embargo, lo que podría haber sido un estímulo enriquecedor parecía haber sido aplastante. En un plano profundo, aunque Mariela no se daba cuenta, las tías la sometían a ideales y mandatos que ella no podía cumplir. Y porque no era consciente, tampoco podía cuestionar esos modelos que para ella resultaban enloquecedores. La hacían sentir que todo lo que lograba era poco y la hundían en *la vergüenza de no ser lo que ella debería ser*.

Siguiendo el mismo destino de su mamá, Mariela vivía so-

² Agradezco los espacios de supervisión, de mi propio análisis y de intercambio con colegas en las presentaciones clínicas de CPSEA, que me ayudaron a poder repensar esta historia.

metida a miradas críticas, descalificadoras, y tenía la convicción de que nunca podría llegar a ser como esas miradas le exigían. De ahí lo conmovedor de su relato cuando contaba que a veces abrazaba a su mamá. Nadie como ella para comprender el sufrimiento materno, porque ella sentía exactamente igual. Lástima que no lo podía reconocer en sí misma y solo lo admitía en esa otra persona tan querida. Yo tenía la esperanza de que si Mariela se permitía ver lo lastimada y humillada que estaba su mamá, a lo mejor podría llegar a ver el sufrimiento en sí misma y rebelarse contra los motivos.

Desde esta perspectiva, Mariela fue la hija que encarnó, que se hizo cargo del conflicto de vergüenza y de humillación de sus padres, sobre todo el de su mamá. Comprendiendo esa identificación, es posible entender por qué Mariela, todo el tiempo, *quiere ser sin mostrarse*, y por qué se obliga a impostar esa actitud arrogante y de falsa autosuficiencia como defensa y sostén.

Con la distancia que pone el tiempo, me pregunto cómo estará, cómo se sentirá. Y al escribir esta historia me vienen ganas de transmitirle todo esto que fui pensando y elaborando, porque me imagino que podría ayudarla un poco más.

Sin embargo, como sucede con todo, no tengo otra opción que valorar lo hecho... que por otra parte no fue poco, porque estoy convencida de que *Mariela vino de una manera y se fue de otra*.

Si de juegos de escondidas hablamos, pienso que Mariela comenzó muy asustada; vino a terapia temerosa del mundo y, asomándose de su escondite, a la defensiva, se presentaba desafiante. Su temor profundo a ser rechazada si era descubierta en su intimidad dificultó muchísimo nuestros encuentros. Sin embargo, luego de esos cuatro años de tratamiento debe de

haberse llevado una experiencia emocional que nunca había tenido: que alguien, al conocerla, no la rechazara, sino que quisiera conocerla más. Estoy segura de que no va a ser tan fácil para ella olvidarse de que, cuando me dejaba ver retazos de su interior, supuestamente vergonzantes, yo no me asustaba, no la criticaba. Yo estaba y seguía igual, y *ella podía confiar en mí aunque no fuera como creía que debía ser.*